

# «Dame harina»

Sinesio R. Santamarta • Desde Mishikishi (Zambia)



Almacén de productos en Mishikishi. La misión hace lo que puede para paliar el hambre.

Ya sé por experiencia que, cuando uno viene por primera vez a África (o vuelves de vacaciones, como es mi caso), al encontrarte con la gente te "atacan" directamente pidiéndote muchas y variadas cosas. En esta ocasión, me dicen: «Padre, danos harina; tenemos hambre». Estoy visitando el pequeño hospital de Mishikishi y acabo de venir de un país donde la harina abunda y mi hermano, panadero, acumula sacos y más sacos en el depósito para toda una temporada... Contesto al grupo de muje-

### Luchan contra el hambre y la desnutrición como exigencia de su fe en Jesucristo.

res que me piden con un proverbio africano: «Amafuta ya ku pula, tayakumana mubili», que significa: «El aceite prestado no llega a todo el cuerpo».

«Pero, incluso así —me di-

cen—, danos ese poco de aceite, pues nos hace mucha falta, aunque no cubra todas las necesidades del cuerpo». Mi contestación no soluciona ningún problema y manifiesta la situación "hambrienta" y de extrema dependencia en que ellos viven.

No les excuso; les ayudo a que algún día puedan "acusarse" a sí mismos de su poco trabajo y responsabilidad para procurarse un sustento digno, con el sudor de su frente. Sin embargo, hay contrastes y contradicciones en nuestras acciones y actitudes que justificamos. Pon-

gamos un ejemplo: Yo sé por los medios de comunicación, que cada español, durante el período de Navidad a Reyes, se ha gastado un promedio de 90.000 pesetas extra en comidas, regalos, loterías,

etc. ¡Gastos innecesarios! Por otro lado, aquí y ahora, no parece Navidad sino Cuaresma. ¡Qué contraste y contradicción! Este grupo de mujeres te piden tan sólo lo que es esencial: un poco de harina de maíz para matar su hambre.

Y yo sigo "apurando" mi filosofía para hacerles comprender que son ellos, sus líderes y sus gobiernos, los que deben producir y proveer esa harina.

«Mirad —les digo a estas mujeres que pertenecen a otras denominaciones religiosas— lo que está haciendo la Iglesia Católica: cada comunidad cristiana cultiva un campo de maíz para ayudar a los miembros más pobres y desfavorecidos. Todos los meses reparten un saco de 25 kilos de harina a los más pobres, según haya sido la cosecha. Hace años, mis cristianos empezaron también pidiendo ese 'poco de aceite'. Ahora son ellos los

que lo dan gratuitamente a los demás. ¿Qué hacen vuestras iglesias? —continúo—; ¿se preocupan por la 'salvación integral' de su pueblo? ¿Luchan contra el hambre y la desnutrición, como exigencia de su fe en Jesucristo Salvador y Liberador de toda clase de esclavitud? ¿Educan y educamos para tener cristianos y líderes que no vivan en perpetuo estado de mendicantes?»

Aparte de mi filosofía y diálogo con estas mujeres que atendían a sus familiares enfermos, ahí queda esta cruda realidad: «Padre danos harina; tenemos hambre».

Uno de tantos lunes. En una orilla —en la vuestra—, con el puente de la Constitución y de la Inmaculada. Aquí, haciendo de puente para llevar a la ciudad los productos de la huerta, no sólo de la misión sino también de Twiza Farm y Chibote, y a los pasajeros "inscritos" ya el sábado. Todavía se hizo un hueco para un matrimonio que iba a buscar a su hijo desaparecido. Lo difícil sería volver por la tarde.

«Padre, acérquenos al hospital de Yengwe; ha muerto un niño del poblado de Kabati». Ya estaba el coche lleno, pero se hizo otro "hueco" para poner la caja con el niño muerto, entre sacos de cemento, pienso y 50 pollos pequeños.

Todo era importante. Todo tenía su destino. ¡También aquel niño muerto que no llegó al final del camino y quedó a cuatro kilómetros de su choza!